

Cuentos del paraíso de las islas

07

02-04 y fin Los siete viajes de Gina Manfredi

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: E-libro: El paraíso de las islas
Fecha de Publicación: 09/01/2022
Número de páginas: 25
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

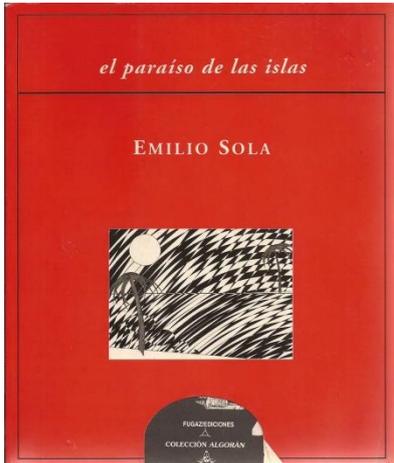
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.eu
info@cedcs.org

Cuentos del paraíso de las islas

07

02-04 y fin de Los siete viajes de Gina Manfredi



“Los siete viajes de Gina Manfredi” fueron publicados en 1993 por la editorial Fugaz de Alcalá de Henares, y su tiempo literario llega hasta la muerte de la protagonista, la joven Gina, en el año 9 después de la gran guerra y de la muerte de Juan Bravo o JB, según la datación adoptada por el llamado “Paraíso de las islas”. Como siempre, es relato de un amanuense anónimo y su original procede de la llamada Biblioteca de don Borondón o de Naranjal. Se fragmentará en 7 entregas:

1-1, 1-2, 1-3, 2-1, 2-2, 2-3, y 2-4

He aquí el índice del relato, según salió en la edición de Fugaz:

3.- LOS SIETE VIAJES DE GINA MANFREDI (I parte).

PROLOGO, con DEDICATORIA incorporada.

- 3.1.- El día que Gina dijo no.
- 3.2.- El diecisiete aniversario de Gina Manfredi.
- 3.3.- Gina Manfredi en la Operación Ulises.
- 3.4.- El día del terremoto y la muerte de don Giovanni Manfredi.
- 3.5.- En vísperas de la gran guerra.
- 3.6.- Gina en Palermo, el día del estallido de la gran guerra y su dieciocho aniversario, conoce a Rocco Consales y a Pino Corso.

- 3.7.- Los tres chicos se encuentran a Antonio el Marinero y a María de la Soledad Muñoz Dolores y viajan con ellos a Ustica.
- 3.8.- La muerte de Juan Bravo vista por la tele en casa de Bártole, rey de Ustica, y desmayo de María de la Soledad.
- 3.9.- Viaje a Malta y encuentro con Mario Cassar y su mujer Paula.
- 3.10.- El señor Mamo se hace cargo de los asuntos del desmantelado imperio Manfredi.
- 3.11.- Una historia de telegramas y separación.
- 3.12.- Viaje a Gozzo e iluminación de Gina Manfredi en el mar de Comino.

4.- LOS SIETE VIAJES DE GINA MANFREDI (II parte).

PROLOGO segundo, con texto de Gina incorporado.

- 4.1.- Gina y Rocco viajan a Argel y la curiosa historia de Mariquita

- Linda o Luna Lorenzo.
- 4.2.- Historias de la casa-jaima de Zeralda, con la rebelión de las mujeres y la intervención del padre del cuchillo Lauari Bujudmi.
- 4.3.- Otras historias de la casa-jaima y el chico portugués Mario Pinto Godinho.
- 4.4.- El regreso del padre del cuchillo en la luna nueva de julio y una exposición de Rocco Consales sobre “Palermo restaurada”.
- 4.5.- Viaje a Valencia en el galeón de Antonio el marino.
- 4.6.- La casa del naranjal y Borondón el Babilónico.
- 4.7.- La foto “Las tres bellas preñadas”.
- 4.8.- La operación antiaduanas y la operación matrimonio burocrático y festivo.
- 4.9.- Viaje a Palermo y visita a la mancha negra.
- 4.10.- Felice de Catania, Ernestina Otromundo y el palacio Albergó Catania, en vía Maqueda de Palermo, con la historia del turco Terki y su Coronela.

- 4.11.- Nacimiento de Prisciliano en Mgar y los ocho años de Gina en Gozzo.
- 4.12.- Viaje de Gina Manfredi por la isla mayor Sicilia a través de sus textos.
- 4.13.- Muerte de Gina Manfredi y locura de Rocco Consales.
- 4.14.- El amanuense, en interpolación final, concluye la historia y nos da su nombre.

La semana que Gina, Rocco y Antonio -Pino quedó en reunirse con ellos más tarde- tenían pensado abandonar Palermo para viajar a Malta y Gozo, comenzaban a retejar el ángulo occidental del Albergo Catania. Había gran expectación en toda la ciudad por las obras, pues ya conocían el ala oriental retejada con anterioridad; a la casa frente al Albergo en vía Maqueda, algo más alta, acudía mucha gente cada día para contemplar aquel espléndido tejado desde el último piso y la azotea. Una de las vecinas del piso alto, una viejita dos veces viuda de maridos asesinados en la vía pública, buena amiga de la gente del Albergo, alquilaba por horas sus balcones a los curiosos y tenía reservas con semanas de antelación. Gina, Rocco y Antonio llegaron a retrasar por dos veces el viaje pero aún no habían terminado las obras cuando, por fin, se decidieron a dejar Palermo. Quedaban vagos proyectos en el aire, citas en Gozo para lanzar algo en común allí, conexiones con otras islas, puertas abiertas.

321

4.10.

En los primeros días del mes de abril, poco antes de su diecinueve aniversario, Gina Manfredi dio a luz un niño en la casa de Mgarr, atendida por un doctor de la isla, la vieja Carmelina y Rocco a su vera. Fue al amanecer de un hermoso día y Carmelino organizó una fiesta en el pueblo que muchos años después aún se recordaría. En plena fiesta llegó Antonio al pueblo y Rocco le presentó en sus brazos al niño que habían de llamar Prisciliano; el color límpido azul de sus ojos emocionó al marinerio Antonio y a punto estuvo de llorar; pero no llegó a to-

mar al niño en su regazo ni siquiera a rozarle con la mano, suspendida en el aire a algunos centímetros de su figurita de cara diminuta y dedos milagrosos de movilidad y tamaño. Gina contemplaba la escena desde la cama. Carmelina, activísima, había abierto todas las ventanas de la casa y adornado la habitación con flores, encajes de bolillo en sábanas, colcha, visillos, cortinas y respaldo de sillas, así como en el atavío de gran fiesta que se había vestido para la ocasión y en el camisón que para Gina había preparado. Gina, encantada, la había dejado hacer.

-He soñado sus ojos hace mucho tiempo -había susurrado Gina al ver el niño-. Tenían que ser precisamente así.

En los días siguientes pasaron por la casa de Mgarr para visitar a la recién parida no pocas autoridades de la República ta Malta, los señores Micallef y Mamo nada más conocida la noticia, como más cercanos a la chica, y el viejo administrador Giorgio -había conseguido romper el cerco que Carmelina tenía en torno a la cuna del bebé para impedir que se le acercara tanta gente grave y de mal aliento, como ella decía, y había tomado el anciano Giorgio en sus brazos a aquel niño Manfredi, de sagrado prestigio para él- lloró tiernísimo, en el olvido las incomodidades del largo y complicado viaje Roma-Mgarr, última peregrinación, a su modo de ver -según el señor Mamo le dijo a Gina- su edad colmada, su misión en el mundo cumplida. También se acercaron a Mgarr Mario Cassar, ya muy enfermo por entonces, y su mujer Paula, que casi se pelea con la vieja Carmelina porque no la dejaba tocar al niño; y Georg Zahra de Conspicua, que le regaló a Gina su más hermoso zarcillo para cuando el niño Prisciliano creciera. Y tantos más.

Hacia todos los puntos de las islas y de la costa salieron mensajes desde Mgarr: "Nacido un niño Manfredi en abril. Gozosa Gozzo". Y en

mayo la isla se llenó de visitantes y se puso de moda en los viajes de conocimiento y de contactos, y fue esa primavera cuando se inició, entre otros motivos para mantener ocupada a tanta muchachada, la experiencia de fabricar paraísos en las islas, idea lanzada desde la casa de Borondón, desde la casa de la computadora mejor, por María de la Soledad Muñoz Dolores. La llegada del turco Terki con su amada Coronela, escala final de un complejo periplo cuyo último tramo patronó Carmelino, el barquero del mar de Comino, fue todo un símbolo muy festejado.

323

A la muerte de Mario Cassar, al final de aquella primavera, Paula se trasladó a Mgarr y suya fue la idea de los juegos de lotería entre los viejos todos los fines de semana; como chocaba con frecuencia con la vieja Carmelina, se le dejó organizar casa grande en Vitoria, ciudad del interior, y ella fue el alma de los grupos de visitantes-equipos de trabajo hasta la muerte de Carmelina y su traslado a Mgarr, cerca de la Manfredi.

Los últimos meses de vida de la abuela Carmelina estuvieron marcados por las historietas en torno a sus dentaduras postizas. Un año antes de morir se le cayeron prácticamente todos los dientes y muelas y se quedó casi calva; decidieron, y ella estuvo de acuerdo, encargarle una colección de pelucas y una dentadura postiza. La abuela no soportaba bien la dentadura completa y sólo se la ponía para comer, el resto del día únicamente la parte de arriba o la de abajo, decía que con las dos notaba anormal la boca, como si debiera mantenerla semiabierta, y no podía hablar bien; con el tiempo ni siquiera para comer se ponía las dos partes de la dentadura y comenzaron a alimentarla de sopicaldos y comidas líquidas. La parte de la dentadura que no se acoplaba cada día la guardaba en los lugares más insólitos y luego olvidaba dónde, por lo que la búsqueda de la dentadura de la abuela Carmelina se convirtió

en un pasatiempo cotidiano y hasta se organizó una clasificación mensual de aquellos que la encontraban con más frecuencia y rapidez, su nieto Carmelino concursante aventajado, con frecuencia ganador. La semana que la abuela Carmelina dejó de esconder la dentadura postiza todos intuyeron que algo grave iba a ocurrir, tal vez que iba a morir. Y así fue: una amanecer, la luz del sol preortol fascinante perfilando los objetos con rara intensidad, la abuela Carmelina dejó de respirar sin siquiera despertar del sueño tranquilo que con sedantes le habían facilitado aquella noche, pero musitando palabras en lengua extraña, que ni árabe, ni siciliano, ni maltés eran aquellos sonidos. Lino dispuso su sepultura a las afueras de Mgarr, en un altillo visible desde su trayecto diario Cirkewa- Mgarr, un miniobelisco de piedra para mostrarle de lejos el lugar exacto.

Casi todo el tiempo de la preñez se lo había pasado Gina en el mar; siempre que le había sido posible había acompañado a Antonio en sus viajes, Rocco cerca; los desplazamientos a Valetta habían sido también frecuentes, siempre en compañía de su sombra Rocco. A raíz del nacimiento de Prisciliano, sin embargo, tanto ella como Antonio se habían sedentarizado, de alguna manera, se mostraban remisos a dejar Gozzo y Pino Corso se había hecho cargo totalmente del galeón. A Antonio le duraría la cosa unos dos años. A Gina ocho.

El padre del cuchillo Lauari Bujudmi pasaba por Gozzo siempre que podía, pero -un día había de explicarlo como algo deliberado- nunca había coincidido con Antonio allí, en sus frecuentes viajes nunca citaba a Antonio, durante un tiempo pareció ignorarle, su antigua amistad parecía que había dejado de existir. Sólo cuando Antonio dejó Gozzo, recuperó el mando de su galeón y pareció instalarse con relativa permanencia en Lampedusa, el padre del cuchillo le buscó y colaboraron los dos estrechamente en el lanzamiento de lo que ya llama-

ban el paraíso de las islas en dicha isla de Lampedusa, el turco Terki con su Coronela allí. Ya por entonces habían comenzado a expedirse los carnets de pobre, de joven y de loco, el especial de múltiples veces renegado, y comenzaban a institucionalizarse -con toda la informalidad que estas palabras no dejan entrever- las fiestas de las matanzas del cerdo y del cordero con la colaboración de la gente de por la danza al éxtasis y de los llamados hijos del agobio. Los turistas de bosques y fuentes habían comenzado también a elaborar su peculiar mapa de las islas y costas y la gente comenzaba a viajar en masa a Oriente.

A Gina no le dio tiempo a conocer el espectacular lanzamiento de los trabajos en las islas orientales -murió antes de los treinta años de prematura madurez-, pero fue uno de los motores de aquella operación. Con Ernestina preparó con minuciosidad la factoría de cerámica vidriada, esmalte y vidrio en Gozzo que puso de moda las tejas de colores y los remates caprichosos en techos y terrazas; en aquellos talleres habían de formarse muchos de los que luego se instalarían con Pinto Godinho en otras islas y cuajarían años después en los grupos de cavernícolas, tan conocidos por su nomadeo estacional. Ese periodo de su vida -ya Antonio lejos aunque siempre Rocco cerca-, Prisciliano niño, es la base de una de las leyendas más populares en Esmirna, que un día escuché allí y que comenzaba: "Tenía Gina Manfredi en Gozzo dos vestidos: uno de quita, verde, y otro rojo de pon, y viceversa", sin duda difundida, si no inventada, por los llamados hijos del agobio.

Como pez o liebre creció el niño Manfredi en Gozzo, el mar de fondo inmaculado y deslumbrante azul de Comino para el resto de su vida alojado en el corazón, color y luminosidad permanente a modo de tatuaje interno infantil, a modo de sensorial telúrico-marino atavismo ya, inseparable elemento y suntuoso incorporado a su posterior discorrir, hijo de las islas. Con los otros niños nacidos allí o de viaje apren-

dió a leer y para ellos se inició la elaboración del programa básico-unificado en diversas lengua, más tarde muy perfeccionado en la casa de Borondón. Con Rocco aprendió a dibujar y a nadar; con el barquero de Comino la navegación; con otros la pesca y otras artes; con su madre Gina a conocer las islas, la costa y otros grupos, en viaje anual largo o en desplazamientos breves. Pero fue de la mano del padre del cuchillo Lauari Bujudmi, y en viaje casi permanente desde sus ocho años cumplidos y durante ocho más por infinidad de lugares, la mayoría orientales, como completó su formación Prisciliano, como se convirtió en un hombre de mar, inapelable destino, comenzó a viajar solo, a crear y participar en la creación de grupos, joven liberado o "libre". Otra historia es esa, sin embargo, que a este amanuense no le corresponde narrar.

Con una semana de diferencia, a principios de verano, salieron de Mgarr Rocco para Palermo y Lauari Bujudmi, con el niño Prisciliano, para Yerba y Túnez. Hubo una gran fiesta en la que participaron todos los grupos de Gozzo y gente venida de Malta, pero no hubo despedidas. El niño Prisciliano llevaba consigo una mochilita con algo de ropa, media docena de libros y sus cuadernos infantiles. De Gina quedó este texto redactado ese día:

"¿Somos parte de un todo coherente? ¿Partes activas y creadoras que elaboran ese todo y lo perfeccionan? Creo en la muerte pero no en la que nos legaron por incomprensible y ciega. Creo en la vida y en el misterio que lentamente y en el tiempo aquella va desvelando, adelgazando, pudiera decirse que destruyendo, hasta culminar en su propia muerte, el triunfo definitivo de la vida-vida, ya acción total, pura energía. Es hermosa la imaginación, pero más hermosa aún y brillante es la verdad desvelada, desnuda, la 'tal cual hoy somos', pura inteligencia que se autocomprende y es posible que al hacerlo cante. Y en Gozzo hoy es posible escuchar la canción".

Y este otro:

“Ese momento de la luna que se eleva, redonda y blanca, luz difusa del atardecer en torno... ¡santo cielo! Plenitud del estar aquí, momento de la comunión suprema, del nada me importaría en este momento morir pues es así de bello todo y pleno, sentirlos al lado, compañeros, alumbrados por tan ambigua y blanca, qué será riqueza o pobreza, qué será, qué importa nada que no sea este estar aquí reunidos todos, todos, ‘en soledad de todos transcurrida’, círculo mágico en el que nada ajeno puede entrar y del que nada -nadie- salir, oh redonda y blanca, iluminado agujero, densidad de todo -todos- aquí conmigo... Poderoso poder”.

327

4.11.

Casi imposible, si no es con hipótesis más o menos aventuradas, reconstruir el paso de la Manfredi desde Gozzo a Palermo, a pesar de que en sus cuadernos responden a este tiempo los textos tal vez más hermosos y sugerentes de aquella mujer extraordinaria, niña Gina para siempre en el corazón de las islas.

Tres días después de que Lauari Bujudmi embarcara en Mgarr con el niño Prisciliano a su cargo con destino a Oriente, Gina se despidió de su casa de Gozzo. Una tarde entera se la pasó con Paula Cassar, las dos sentadas junto a la tumba de la vieja Carmelina en lo alto del acantilado a las afueras del pueblo y sobre el mar de Comino, evocando ho-

328

ras felices y planeando un futuro que -Paula lo recordaría con frecuencia para otros- a Gina se le antojaba ya como algo ajeno. Carmelino y Georg Zahra, enterados de que Gina abandonaba Gozzo, llegaron a Mgarr la víspera de su partida y justo a tiempo para conducirla por mar a Valetta, en último periplo de aquellas islas para su compañera. Ambos tendrían, aún muchos años después, ya viejos, vivísima memoria del último a modo de mensaje final para ellos de aquella mujer; más o menos: "Viajad mucho pero nunca olvidéis a Gozzo. Dadle, o procurad que alguien le dé, el tiempo más hermoso y creador. Si no encontráis un lugar más adecuado, volved a morir aquí". Georg Zahra de Conspicua así lo hizo; de Carmelino no lo he logrado saber; quizá esté aún con vida.

En Valetta pasó otros tres días de intenso trabajo con los señores Mamo y Micallef para terminar de perfilar la cúpula legal de la fundación Manfredi-Borondón que para siempre había de estar domiciliada en Valetta y gestionada por el Banco ta República ta Malta; Joseph Mamo y Alfred Micallef prometieron a la chica su entera dedicación a la fundación y a su continuidad en el tiempo. Los tres lloraron en la despedida. Un telegrama emitido en Valetta es la última noticia que tengo de la Manfredi antes de su encuentro con Rocco, casi un mes después, en la plaza de Settangeli ante el testero terrible de la catedral de Palermo. Era escueto: "Rocco Consales: salgo para Palermo. Te amo. Gina".

Pero están sus textos y unas mínimas referencias que me permiten afirmar que Gina Manfredi vagó por la isla mayor Sicilia durante un par de semanas largas antes de reunirse con su amigo Rocco. Y sus textos son muy expresivos, aunque un poco pudorosos y llenos de ironía. Quiero comenzar con el sin duda a Valetta dedicado cuando, ya perdida toda conexión con sus amigos -ninguno, de los supervivientes al

menos, pudo darme otra razón-, en barco regular partió hacia Siracusa. Este es:

“Amurallado mar, como si el mar fuera enemigo. Nunca tan bella ciudad fortificada o nunca tan bella fortaleza habitada y sobre el mar, monumento a la vida o a la muerte con vida desbordante. Encrucijada de todas las culturas, puerta del mar... ¡Oh, mar amurallada, allí donde intentabas con la tierra hermanarte y en estrecho abrazo transcurrías mecidas por los vientos de levante, de poniente o de mediodía, agitadas por el tramontano o el mistral! ¿Y tantos caballeros célibes guerreros? O grandes bujarrones, o grandes putañeros”.

329

Es ahí, en ese final cachondo y desconcertante, en donde todos ven la huella de Gina, su rúbrica inequívoca. Y su desgarró. Pero sigamos.

Sin duda desembarcó en Catania y no en Siracusa. Desde allí viajó a Palermo por el camino más largo, por el sur, pasando por Siracusa, en donde se quedó algunos días, al parecer, y por Agrigento, acortando luego por el interior hacia el norte. Debió demorarse algún tiempo en Catania; de allí es el canto a las puertas y ventanas. Personalmente, siempre me fascinó. Cada vez que visito Catania, y varias veces lo he hecho ex profeso, recito este texto, mejor en paseo nocturno, y pienso en ella, Gina, tan en vísperas de su muerte, vagabunda una noche de verano como tantos que con otros se cruzaran y sin posible conexión, desconsiderada incomunicación. Gina es quien escribe:

“¿Por qué las puertas y ventanas han sido construidas tan hermosas? La poesía no es más que una provocación investigadora. Provocas a tu cuerpo para ver cómo reacciona y así investigas sobre la vida, sobre el hombre, sobre el amor. Pero no; hoy en Catania, luna llena, medianoche, escenario sutil para tanto entorno en busca de, lo único que sin

análisis serio parece importante es echar un polvo largo y sabrosón. Pero no, aunque sí: lo que pasa es que el vuelo es paralelo. Que la luna se ríe de una ciudad hermosa y una ciudad -cualquiera- de usted, señor que la habita y la transforma. Mas no es risa malvada; es risa bondadosa, casi tierna, incluso triste cuando hay vibraciones paralelas, risa piadosa. Pero estaba en el centro de un misterio: ¿por qué las puertas y ventanas han sido construidas tan hermosas? Aquí, Catania, un lugar cualquiera, Italia o más allá, las gentes han debido adaptarse a convivir con tantos edificios, iglesias y palacios, monumentos de gentes que pasaran su tiempo de creación suprema -diluida herencia en el aire- en este mismo espacio hoy nuestro, ¿por cuánto tiempo, horas tal vez, un día entero, tal vez meses y hasta años brevísimos? Es eso: dos existencias paralelas, la de la búsqueda de la conexión amiga -el polvo, para entendernos, la mirada, la vida- y el escenario, que es más que escenario porque hasta el perfil de quien contigo se cruza está marcado por eso que -no sólo escenario, pues- ha permanecido. Tal vez ahí resida la fascinación de la experiencia de echar un polvo entre ruinas, entre escombros, rodeada de fragmentos de un todo que fuera bello, grito de alegría, sin reflexión posible, sin posible análisis carajada salvaje de afirmación y vida... Mas no malvada o cruel: bondadosa, tierna, piadosa, triste incluso cuando se dan vibraciones paralelas. Sigo espiraleando tal si tuviera miedo o -peor sería y es lo más probable- no supiera. ¡Muy hermosas han sido construidas las puertas y ventanas! ¿Para quién sino para el amor?” Y luego viene el misterioso apunte “Polvo en el descampado. Felice de Catania. ¡Bravo, amigo!”. Y nada más. ¿Qué pasó allí? Nunca pude averiguarlo; Felice, en una ocasión, me dijo que nada recordaba. Quede así.

Noche de gran luna una de las de Catania. A ella hace referencia otro hermoso texto que muestra en su imagen dominante los estudios de música de la niña Gina:

“En clave de sol, la luna estaba en fa menor hace un rato entre los cables -cinco- eléctricos o telegráficos. Ya va por mi mayor. Pronto sobrevolará el pentagrama y será la nota mágica y total -redonda blanca- que vaga por el cielo desde toda la eternidad”. Y esa frase tan hermosa: “Hay que encontrar una forma de comunicación tan perfecta como la del cuerpo y la noche”.

331

De Catania pasó Gina Manfredi a Siracusa y de su estancia allí quedan algunas referencias que recojo, con su puntito inquietante como las anteriores. “En tu cuerpo mis ojos reposé porque era bello y mi cuerpo anterior me recordaba”; y luego, “Roberta y Valentina eran las chicas alegres de Siracusa”. Nuevamente, misterio de las asociaciones y así quede.

El amanuense debe pedir disculpas. El texto que a continuación reproduce es el que en realidad más aprecia pero, a la vez, es el que más le inquieta: no sabe en qué medida es suyo o es de la chica Gina. Se pasó muchos años -en realidad, todo el cursus de redacción de esta historia fue un tiempo dedicado a desentrañar el misterio de los papelines, a veces diminutos, en los que el presente texto estaba recogido-, años podría decir que pasé intentando reconstruir estas pocas líneas escritas en Siracusa por Gina y que de alguna manera continuaban aquel de Catania sobre las puertas y ventanas; el resultado fue que la noche que el amanuense creyó tenerlo reconstruido en su totalidad, al leerlo detenidamente no supo si era suyo o de Gina y ya no tenía paciencia para recomenzar una vez más el juego del rompecabezas. Una nota marginal, “Favio, dueño del hotel”, le fue muy útil para encontrar los trozos que cuadraban bien de uno de los fragmentos en la hoja de cuaderno rasgada en mil pedazos. Quedó así, y perdonen si fuera, aunque aviso de ello, inconveniente interpolación:

“Realmente, todo esto es absurdo. La única vida que hay en un relato como éste, llámese crónica, o novela, o literatura simple, es la del escritor en el momento de escribirla -este ahora presente y ¡ya!, que fue- y la tuya, lector, en este momento -¡ya!, que fue- de lectura con el que distraes un tiempo a la espera de otro tal vez mejor y más activo. Porque todo lo narrado en el relato es un inexistente fluir que pudo ser o no haber sido, pero que da igual. El resto es lo exterior al relato y que sigue paralelo, por detrás o por delante de él, según la ficción haya sido clarividente o no, arrastras -¡ojalá!- del relato, o al revés -¡ojalá!-, si se dieran -y ojalá de nuevo- vibraciones paralelas. Y en plan bruto: no son ciertos los polvos aquí descritos porque, por ficción, han transcurrido ya; es cierto el que me espera -a mi, que escribo- en el hotel; es cierto el que te espera -a ti, que lees- a la vuelta de la esquina, cuando quieras. Son ciertos los que son -serán, siempre serán- en este momento intemporal -siempre presente- que nos resume al relato, a ti y a mí, que nos hace -y es intuición fortísima, eso del sin memoria- inmortales. Porque intuyo -o pudiera decir sé, como todos dicen sé- que no existe la muerte -y aquí en Siracusa observo que el tirano y sus muchachos se pasean por la calle- sino el olvido -porque ellos, que son lo que fueron y su perfil lo dice, no se acuerdan-, que morir es -como dijera el poeta antiguo- iniciar la vida de nuevo y sin memoria”.

Sólo le resta al amanuense -créanme: me siento muy cansado, casi hartos, y con frecuencia sueño con Palermo- reproducir los textos de la Manfredi sobre asunto isleño. Sé que ella amaba mucho un antiguo libro de versos titulado “La isla”, y hasta se sabía trozos de memoria; tal vez estos textos, aunque de un tono bien diferente, se comprendan mejor bajo aquella luz. He aquí el primero:

“Un isleño bien sabe que su isla es lugar para nacer y descubrir el nombre de las cosas de este mundo que va a habitar -tiempo de infan-

cia- y lugar para morir. Entre estos dos tiempos diferentes se abre la plenitud de su vida en abanico de direcciones, camino el mar. Por eso el isleño entra en la categoría -como el hombre de los oasis- del hombre nómada, con un punto de referencia bien concreto: esa isla -ese oasis-, aleph del mundo, mundo total y reducido. Si al final de su ciclo hallara otro lugar para morir -muerte deseada, no accidental-, querría decir que ese lugar hallado, como su isla -como su oasis-, no es lugar extraño, ha sido incorporado”.

333

He aquí el segundo texto, poema dedicado “a Bártolo, rey de Ustica”:

“Una isla es un milagro.
No importa cual, pues todas son el mundo todo
en su perímetro marino reducido.

Pues el mar no es inmenso como a veces
te hiciera sospechar su azul belleza.

Es chiquito en sus islas más pequeñas,
gigantesco en las islas más mayores
y entre los continentes.

Pero no ilimitado
aunque pudiera reflejar la inmensidad.

Inabarcable, no se ve
si no es en esa imagen reflejada
que encierra en una parte el todo suyo.

Y el hombre lo refleja como el mar.
Es por eso: la isla es un milagro.

334

Es por eso: la isla es un milagro.

Y un hombre en una isla,
de la existencia el vértigo,
de la vida total pupila miope,
hoy feliz de la eternidad absurda,
reflejo de un sin límite o medida,
imagen de la inmensidad”.

He aquí el tercer texto isleño, también en verso:

“Vivir en una isla significa

tomar un barco para ir a ver a tus amigos
o que ellos tomen barco para venir a verte.
Quiere decir, estar
compartiendo tu vida con el mar”.

Un poema final de Gina, gracioso, el del vivo porque toco:

“Al fin lo digo: vivo porque toco
y otro vivir no llego a comprenderlo.

También podría decir: vivo porque veo,
pero es formulación más imperfecta.

O vivo porque oigo: ¡esta música!

Pero no: vivo porque toco,
porque todo me toca en esta vida,
la música, la luz, el aire,

los tomates o el mar,
y al hablar con los otros
te están tocando el corazón y amas.

335

Y nada hay que más toque que el amor”.

Respiro. Una cita de J.L. Borges -a Gina le gustaba la música y era mujer de libros, aunque no hubo tiempo de mostrarlo en esta historia que debo terminar-: “...por los íntimos dones que no enumero, / por la música, misteriosa forma del tiempo”. Y dos citas-textos finales de la Manfredi: “¿Por qué la sabiduría llega tarde? ¿Por qué llega cuando el cuerpo no responde?” Y: “Es un sueño la literatura. Sólo dura el silencio”².

4.12.

Nunca Rocco quiso hablarme de aquello. Lo sé porque lo sé. Porque lo saben todos. Pero nunca de labios de Rocco logró escucharlo nadie. Le recuerdo, aún hoy, en su habitacioncita alta desde la que se divisaban todas las inmaculadas techumbres de Palermo, cerámica vidriada del taller o talleres de la Otromundo y de Gozzo, una gran ampliación de las tres bellas preñadas

2. El amanuense que pasara a limpio esta historia para los mecanógrafos y tipógrafos, que debería llamarse amanuense segundo puesto que el autor se denomina amanuense, cree que, ya sea por cansancio del dicho, sea por otra razón que se le escapa, esta relación de textos de Gina Manfredi es rara. O ¿es que hay otros textos de Gina? Esta es la segunda nota que este amanuense -amanuense segundo- introduce en el texto de su colega y se ratifica en la opinión que ya expresara en la anterior: hay que revisar los cuadernos de Gina Manfredi.

336 *-su mano desvaída y fantasmal en el pomo de la puerta de cristal, anublada memoria y tiempo inmemorial allí detenido- dominando todo aquel sobrio interior, casi aséptica sala de espera para -diríase- o algo así. Rocco. El envidiado. El bien amado. El que todos soñaron ver sonreír. El gran amatore o amante verdadero a quien tantos, modélico, quisieran imitar. Sombra humilde, cortés palermitano, inasible sombra. No puede aquí el amanuense mostrarse imparcial y frío, narrar como ajeno algo que no lo es, ese acto -la muerte de Gina y la locura de Rocco- que en las islas todos sienten como suyo tesoro, momento a revivir, íntima transfiguración. Reliquia Rocco. Por ti algunos elegimos Palermo para morir; aunque tú -no infidelidad, sino pase absoluto de clarividente que pasa de todo- eligieras para morir el regazo de Mario Pinto Godinho, su cueva desoladora, su mudez alienada o de alienado rota únicamente tras tantos años en tu agonía para decirte con timbre de ultratumba por el olvidado uso de la palabra "Rocco Consales, en breve estaré contigo; espérame con Gina en vuestro sueño..." ¡Oh, Rocco, chiflado yo que trazo estas líneas en tu honor, espiritista incrédulo, fatigado amanuense negro que interpola.*

Rocco y Gina se encontraron en la plaza de Settangeli, escenario de su primer encuentro casi diez años atrás el día cero de la gran guerra y de alguna forma también día cero de sus dos vidas. Durante toda la jornada pasearon Palermo de la mano como dos enamorados. Rocco le mostró algunos de los edificios piloto del plan "Palermo restaurada" y Gina sonreía cuando el tono eufórico de su compañero conseguía vencer su natural parquedad.

-Te envidio, amigo -llegó a decirle la chica en uno de esos momentos-. Tienes proyectos.

Y fue entonces cuando Rocco descubrió que a Gina le sucedía algo grave, un inusual rictus nervioso, mirada enfebrecida y rara ronque-

ra, como si una fuerte emoción le impidiera articular palabras claras.

-No es nada grave; la fatiga del viaje.

337

Pero era grave. Por la noche Gina tenía fiebre altísima y se la pasó en un delirio; médicos amigos avisados por Rocco nada encontraron anormal en Gina salvo la fiebre misma. El delirio era puro llamar a Rocco, "Rocco Consales, Rocco, Rocco...", y éste no sabía qué hacer. Sólo cuando se metía en la cama a su lado y la abrazaba con fuerza parecía calmarse, aunque a causa de la fiebre ardía. Después de tres días así, pareció recuperarse. La fiebre remitió un poco, pero seguía mal, demacradísima, y Rocco como ella; el poco comer y el poco dormir -sólo algunas horas estrechamente abrazados en tres días- los tenía consumidos. La ciudad estaba pendiente de ellos.

Al tercer día, recién despertada, Gina le dijo a Rocco que quería escribirle una carta a Antonio. Rocco le sugirió que la dictara y Gina comenzó: "Querido Antonio: dicto y es Rocco quien escribe estas líneas a mi dictado".

Una chica les trajo un vaso de zumo de naranja a cada uno y les puso el primer disco que encontró por allí, al azar, y que resultaron ser unas bulerías escritas por J.M. Caballero cantadas por el Turroneo, flamenco antiguo con mucho ¡ay!, cuya letra quiero reproducir por lo exótica para el momento:

«Olivaritos del campo, quién los varea, venticinco chiquillos y una correa.

«Toca a rebato en los campanales, si será el fuego, prima de mi alma, que tienen tus carnes.

«Déjame el postigo abierto pa venir en busca tuya, y es por si vengo juyendo.

338 «Me dan las claras del día lo mismo que me acosté, dando vueltas en la cama mirando pa la pared.

«Dime por dónde te metes, dime por dónde trasteas, que te tengo que coger pa cantarte las cuarenta.

«Qué bonito, qué bonito, qué dolor, qué dolor, de recuerdos llora mi corazón».

-Sigue, Gina.

-¿Has escrito ya “a mi dictado”?

-Sí.

-Punto -Gina hizo una larga pausa antes de continuar-. Voy a morir.

Rocco no escribió nada. La miraba serio.

-Eso no lo escribo. Es una tontería.

-Por favor, Rocco, escríbelo: voy a morir.

-No quiero.

-Por favor...

-No. Eres una tía excéntrica y caprichosa. Eso no lo escribo ni te escribo la carta hoy.

La chica que les trajera los zumos se había quedado clavada en la puerta, la música “ay, qué bonito, bonito, ay, qué dolor, qué dolor...”

339

Le convenció, finalmente, y Rocco escribió la carta entera, pero sin el “voy a morir”, que luego añadiría Gina de su propia mano al inicio de la carta, tras el “Querido Antonio:”, con una llave así \———\ /———/. De esta manera quedó el texto:

“Querido Antonio: voy a morir. Dicto y es Rocco quien escribe estas líneas a mi dictado. Si un día Prisciliano, ya hombre, va a verte, dile: ‘Cuando seas joven muestra mucho tu cuerpo; luego, cúbrelo con elegancia. Cuando tu cuerpo se vaya deformando, cúbrelo completamente con túnicas amplias, blancas o vistosas, lo mismo da, chilabas imaginativas. Seréis viejos, mirones y felices. Es tuya la elección del momento del cambio; si te sientes confuso, pide consejo a tus cercanos, a quien te quiera bien. Viaja mucho. No emparejes. Nunca niegues tu cuerpo a una mujer; mejor quisiera decir una persona, pero tengo miedo de afirmarlo porque me sobrepasa la expresión. Y si debes negarlo, hazlo con cortesía extrema, siempre sin herir y, si es posible, buscando sustituto. Nunca niegues comida ni lugar de dormir, si está en tu mano; y si no, consíguelo. Y fíjate que digo ‘nunca niegues’ y no ‘nunca pidas’. Pide si un día necesitas. Y pide por amor a mí. Queridos dos, Antonio y Prisciliano, me siento muy débil. Rocco me va a acompañar a Trapani. Quiero ir en tren. Un fuerte abrazo para los dos y hasta siempre, vuestra Gina”.

La chica seguía clavada en la puerta; el disco hacía rato que se había terminado pero no se atrevió a poner otro o reponer el mismo.

-¿Y eso es todo? -dijo Rocco-. ¡Vaya carta más tonta!

- No se me ocurre nada más. ¿Cuándo vamos a Trapani?
- 340 -Aquí estamos muy bien. Creo que estás mala porque quieres, Gina. Ningún médico te ha encontrado nada malo salvo la fiebre misma. No está bien lo que haces.
- Déjame en paz. Te quiero mucho, Rocco, lo sabes. Por eso deseo que seas tú quien me acompañe a Trapani.

-Eres testaruda. Si me prometes ponerte bien, te acompaño a Trapani.

-O.k.

Al día siguiente Gina estaba bien. Muy demacrada, la mirada brillante y más enronquecida o bronca la voz, pero sin fiebre. Y prepararon viaje a Trapani por tren. En la mesa de trabajo de Rocco Gina buscó en uno de sus cuadernos un dibujo antiguo con dos árboles; junto a uno de los árboles escribió "higuera", junto al otro "ciruelo", y la orientación, "por la mañana, sombra de la higuera; por la tarde, sombra del ciruelo". A Rocco le molestó el dibujo y quiso rasgárselo, pero Gina se opuso. (Tal vez fuera Rocco quien rompió las hojas de los cuadernos de Gina). En camino hacia Trapani Gina escribió su último texto, a la altura de Castella della Mare. Este amanuense lo reprodujo fuera de lugar porque le dio la gana, en el último capítulo de la primera parte de este relato, cuando Gina se baña por primera vez en el mar de Comino.

Y en Trapani, el caótico final.

En la estación del tren Gina tenía fiebre altísima de nuevo y en la casa de los Aldobrandini -la esperaban; además del aviso de Palermo, por

la mañana el cartero les había entregado un telegrama extraño que decía "Gina Manfredi, cuida tu bajo vientre, Ahí está tu mal. La maga de Cristal"- la voz de la chica era tan bronca que parecía la de un muchacho. Casi sin saludar a sus amigos se fue al extremo del jardín o huerto, cerca del mar, en donde estaban los dos árboles orientados a su gusto, que conocía, siempre perseguida por un Rocco fuera de sí, como enloquecido, y desde lejos -no podían acercarse porque la mirada de Gina los fulminaba y temían lo peor- los vieron no sabían si discutir, o pelear, o amarse apasionadamente. La casa de los Aldobrandini se fue llenando poco a poco de gente amiga, a lo largo de la tarde, anonadados por la perplejidad. Ya entrada la noche, en un momento en el que parecía reinar la calma en el rincón del huerto, uno de los Aldobrandini se acercó con sigilo. Rocco dormía con sueño muy agitado bajo la higuera; Gina, tendida bajo el ciruelo, parecía dormir pero estaba muerta. Aldobrandini no supo qué hacer; en pie, a la luz de la luna, contemplaba consternado la escena. Rocco abrió los ojos en un momento y con voz terrible le casi gritó:

341

-¡Lárguese, doctor! ¡No la despierte!

La inmovilidad de Rocco, su ropa desordenada, su voz, todo era anormal y tremendo.

-¡Gina duerme! -le gritó Rocco, inmóvil, como si estuviera extenuado, bajo la higuera tendido, mientras se alejaba.

El resto de la noche fue una pesadilla. A la casa llegaban desde el rincón los sin duda lamentos de Rocco, relinchos de caballo, la brama de los ciervos, aullidos, y la silueta de Rocco -el mar de fondo- vagaba de un lugar para otro, o se tendía bajo el ciruelo, o permanecía sentado largo tiempo ante el cadáver. Nadie osó acercarse. El día y la noche si-

güentes transcurrieron igual. Al amanecer del segundo día Rocco se acercó a la casa y pidió, sin entrar, una pala y una bandera de la Confederación. Asustaba su aspecto; demacradísimo, la ropa destrozada, el culo al aire, sucio, la mirada de loco y la voz bronca, como la de Gina poco antes de morir. Le dieron la pala y -así era aquella bandera, compañera en la cuna y en la tumba- una sábana blanca. Desde la casa le vieron cavar incansable, desnudar a Gina, envolver su cuerpo en la sábana-bandera y enterrarla. Durante los tres días y tres noches siguientes continuó el duelo de Rocco enloquecido; desenterró dos o tres veces a Gina y volvió a enterrarla; varias veces al día, que vieran, y no sabían si también de noche, se masturbaba sobre la tierra removida; se subía, cuando al ciruelo, cuando a la higuera, y permanecía allí horas enteras; se acercaba al mar y chapoteaba un rato; se desnudaba y se revolcaba por la tierra o en la playa; se revestía de sus harapos y gritaba, sobre todo por las noches, relinchos, bramidos, aullidos... Tres almendras, un huevo duro y una naranja, de lo que le dejaron a la vista a medio camino entre la casa y el mar, fue todo el alimento que comió durante aquellos días. Todo Trapani estaba conmovido, toda Sicilia al corriente, para todas las islas y la costa salieron telegramas con el anuncio de la muerte de Gina y la locura de Rocco.

Cayó extenuado y sin conocimiento un día, al fin -al parecer el cuarto, una semana tras la muerte de Gina-, y pudieron conducirlo a la casa y cuidarle en cama. Cuando el padre del cuchillo Lauari Bujudmi y Prisciliano Manfredi llegaron a Trapani ya había recuperado el conocimiento, comía y bebía con regularidad, pero no hablaba aún. Nunca más, desde entonces, se le vio sonreír. Mediado el otoño, tres meses después, Rocco volvió a Palermo. Era ya el Rocco que todos conocimos, el infatigable restaurador de su ciudad.

4.13 y fin.

343

He llegado al final. Al fin. Creí no conseguirlo. Perdónenme esta última interpolación: el autor concluye con su rollo. Quise escribir una novela rosa, pero no sé si me salió bien porque soy un poco cazurrón. La historia de Gina Manfredi se prestaba a ello -¡tanto amor!- y a la chica le hubiera gustado así. No obstante, los tiempos eran duros y lo que podía haber sido una hermosa historia sentimental y rosa se convirtió -¡tanta interferencia!- en un ambiguo relato con fragmentos enteros demasiado realistas, al viejo estilo, y trozos enteros demasiado retrato de la colectividad, al nuevo.

Borondón, que me encargara este trabajo, hace tiempo que no está entre nosotros, al menos con la encarnadura con la que yo le conocí. Aunque hay mucho borondón suelto por ahí... En fin. Pocos quedan vivos de los contemporáneos de Gina; tal vez yo sea el más viejo de los supervivientes. Tras mi viaje próximo a la casa-biblioteca del naranjal, que aún llaman la casa de don Borondón aunque los más jóvenes le dicen la casa de Fito Naser, volveré -como en mi prólogo segundo hace tiempo prometiera- a Palermo restaurada para morir.

Sé que hay otros muchos amanuenses ligando cabos para reconstruir historias de nuestro paraíso de las islas. Ojalá, como la de Sidi Hamete Benengeli, flor de historiadores, nuestro santo patrón, sean fieles a la realidad, fidedignas, dignas de fe. Y si un día os encontráis en vuestras manos con alguna que trate de la vida y viajes de uno llamado Heliodoro, negro, leedla con piedad. Porque esa sería -con toda la fragmentariedad que estos textos por fuerza tienen- mi historia verdadera. Vale.

FIN de Los 7 viajes de Gina Manfredi.